

# Fallece el profesor Blesa: talento y tormento académico



## Fallece el profesor Blesa: talento y tormento académico.

La pasada mañana del domingo 27, recibí la fatal noticia. Mientras participaba de la alegría de los tabaibales lozanos por las lluvias recién caídas en Abades, el tintineo del wasap colapsó mi gozo: ha fallecido el Dr. A. Carlos Blesa Rodríguez, catedrático de las Facultades de Ciencias y de Farmacia de la Universidad de La Laguna (ULL). Se fue don Carlos, con su talento y con su tormento: descanse en paz. Fue mi primera reacción.

Inmediatamente, como sucede en estas ocasiones, nos invaden los recuerdos. A mi memoria vino la estampa del gentleman, una mañana de enero de 1968, entró "pisando fuerte" en la añorada aula 6 del edificio central de nuestra Universidad de La Laguna: la imagen de un joven profesor, elegantemente vestido con un terno oscuro y un clavel rojo en la solapa, llenó el plató. Nunca mejor dicho, porque su porte y maneras eran las de un consumado actor. Completaban su indumentaria un fino bastón lacado de negro, que a la postre utilizaría como puntero, y una fina caja de cigarrillos (no escribo la marca, pero la recuerdo) también negra, que con displicente soltura arrojó sobre la amplia mesa de caoba, pulcramente limpiada por el bedel que le precedió.

La expectación era de ópera. En el silencio sobrecogedor del aula, retumbaban los pasos medidos del profesor sobre la tarima sonora, mientras escrutaba con inquisidora mirada el panorama. Finalmente rompió el silencio con dos frases que he repetido en incontables ocasiones dentro y fuera de las aulas, como ejemplo del cambio de los tiempos: 1. "A partir de mañana quiero ver a todos los caballeros con corbata, y a las señoritas con vestido o falda"; y 2. "¿Cuál es la materia más exigente del actual *curso selectivo*? Matemáticas con el profesor Cascante, se atrevió a balbucear alguien; muy bien, eso era..., a partir de hoy será la Biología".

La congoja fue general y todos asumimos la rigidez del uniforme. Pocos con traje y corbata de marca y la mayoría con una "tira" que guardábamos arrugada en el bolsillo de los vaqueros, hasta que llegaba la hora de clase de Biología, en la que el aula se transformaba en un vestidor. Por supuesto, los días que "tocaba" las alumnas venían con sus mejores galas. Cumplimos rigurosamente hasta que con el paso de los meses la práctica se fue relajando. Las miradas de don Carlos amedrentaban a quienes incumplían la norma. Peor resultó cuando al final de curso descubrimos, para sorpresa de algunos y disgusto de muchos, que había un sospechoso paralelismo entre las mejores notas y "las prendas de vestir".

Conviene recordar que, pese a que se iniciaban ciertas inquietudes progresistas en la universidad, alentadas por los albores del "Mayo del 68" parisino, por entonces la dictadura en España no daba muestras de debilidad y las normas dictadas por el profesorado, por estrambóticas o arbitrarias que

fueran había que cumplirlas, so pena de expulsión académica, pérdida de beca o, en el mejor de los casos, cambio de distrito universitario, para el que pudiera afrontarlo. Faltaba todavía una década para aprobar la Constitución de 1978 que alumbró la democracia en España.

No es este el lugar ni el momento para hacer un balance del antes y del ahora universitario. Ni vean la menor acritud personal o institucional en los párrafos anteriores. Simplemente una pincelada anecdótica, no exenta de cierta nostalgia, que sirve de ejemplo del vuelco que ha dado la universidad, que no es otra cosa que reflejo de la sociedad que la sostiene. Todavía el alumnado no ha obligado a los profesores a ir a dar clase en pantalón corto, camiseta de asillas y chancas de playa, pero por el camino que vamos no es descartable. Y lo más triste: las autoridades académicas, con tal de ganarse la voluntad de la mayoría “democrática”, traga y hace tragar la pócima a un profesorado apático y desmotivado. Tan arbitrarios eran los “suspensos de antes” por no llevar falda o corbata, como los “aprobados de ahora” por acatar resignados el populismo del sistema.

He sido testigo presencial (no, virtual) de la práctica totalidad de la carrera académica del profesor Blesa en la ULL, a uno y a otro lado de la mesa. Lo sufrí o gocé como alumno y padecí, como director del departamento tras la reforma universitaria de la LRU de 1983, muchas de sus sesgadas artimañas legales. No obstante, jamás nos faltamos al respeto durante los 52 años de convivencia y hasta me atrevo a decir que, pese a nuestros múltiples desencuentros, nos dispensábamos un cortés afecto. Siempre he pensado que un profesor, cuando de verdad lo es, imprime carácter y aunque los derroteros de la vida nos lleven posteriormente a ser compañeros en la carrera docente, el profesor siempre será profesor y sus alumnos nunca dejan de serlo del todo. Es cuestión de talante y un criterio discutible, válido como cualquier otro, que justifica ciertas pautas de comportamiento.

Como alumno, recuerdo al profesor Blesa con un enorme talento docente capaz de lo mejor y de lo peor. Cuando se las preparaba, sus clases eran verdaderamente magistrales, insuperables diría yo. A sus ya descritas dotes histriónicas, sumaba cierta facilidad para dibujar y esquematizar en la pizarra. Cautivaba al auditorio hasta zambullirlo en el interior de las células, haciéndolo partícipe de la molécula de la clorofila en los cloroplastos, o discurrir como la savia por los vasos del cambium vascular. Desgraciadamente, no siempre fue así y él era consciente de ello, porque era una persona sagaz e imprevisible.

Como compañero, siempre tuve la impresión de que don Carlos nunca aprendió a vivir ajeno a la polémica. Cuando no se la encontraba, la buscaba. Era un buen dialéctico, amigo generoso y correoso enemigo, con gran habilidad para trufar sus argumentos de referencias y latinajos jurídicos que le apasionaban y con frecuencia achicaban a su adversario. En la Universidad de La Laguna, la Biología en general y la Fisiología Vegetal en particular le debe su impulso inicial con varios aciertos y algunos errores inherentes a su polémica personalidad. Bien lo saben los que más se beneficiaron de su amparo cuando lo necesitaron y, también, los que lo olvidaron cuando alcanzaron su objetivo. La ingratitud no es ajena, ni mucho menos, a la formación académica. Es verdad que don Carlos siempre fue un sembrador de vientos, por lo que no debe sorprender su generosa cosecha de tempestades.

La vida al fin y al cabo es la resultante de la suma de aciertos y errores, de encuentros y desencuentros. Unos y otros son imposibles de baremar con objetividad, entre otras cosas porque no estamos en el ánimo ajeno ni conocemos las corrientes neuronales que mueven las decisiones de cada cual. No puede decirse precisamente que de las del Dr. Blesa no saltaran chispas a menudo. El pasado domingo se cortocircuitaron para siempre en La Tierra. Descanse en Paz. Un entrañable abrazo para su familia.

**Pedro Luis Pérez de Paz**  
Catedrático jubilado  
Universidad de La Laguna